

El lugar de la literatura en el siglo XXI

Juan Pablo Hormazábal
Josefina Rodríguez
Nicolás Vicente

EDITORES



Colección Dársena
Departamento de Literatura
Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Director

raúl rodríguez freire

Comité editorial

Bryan Green
Claudio Guerrero,
Edda Hurtado
Irene Renau

Consejo consultor

Mauricio Barría (Universidad de Chile); Román de la Campa (Universidad de Pennsylvania); Bruno Cuneo (Pontificia Universidad Católica de Valparaíso); Jorge Fornet (Casa de las Américas); Florencia Garramuño (Universidad de San Andrés, Buenos Aires); Beatriz González-Stephan (Universidad de Rice); Dunia Gras (Universidad de Barcelona); Lucía Guerra (Universidad de California, Irvine); Sergio Mansilla (Universidad Austral de Chile); Marcia Martínez Carvajal (Universidad de Valparaíso); José Antonio Mazzotti (Universidad de Tufts); Rafael Mondragón (Universidad Nacional Autónoma de México); Cristián Opazo (Pontificia Universidad Católica de Chile); Alexandra Ortiz Wallner (Universidad Libre de Berlín); Clara Parra (Universidad de Concepción); Juan Poblete (University of California, Santa Cruz); Julio Ramos (Universidad de California, Berkeley); Sergio Rojas (Universidad de Chile); Eneida Maria de Souza (Universidad Federal de Minas Gerais).

© Juan Pablo Hormazábal, Josefina Rodríguez, Nicolás Vicente, Editores, 2016
Registro de Propiedad Intelectual N° 273.178
ISBN: 978-956-17-0702-3

Derechos Reservados
Tirada: 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Calle 12 de Febrero 21, Valparaíso, Chile
E-mail: euvs@pucv.cl
www.euv.cl

Diseño de portada: Josefina Rodríguez Cuadra
Corrección de pruebas: Claudio Abarca Lobos

Impreso por Salesianos S.A.

HECHO EN CHILE

ÍNDICE

Prólogo	7
Vacilaciones <i>Cynthia Rimsky</i>	13
El giro visual de la teoría. Algunas digresiones <i>raúl rodríguez freire</i>	21
Para un concepto de literatura en el siglo XXI: expansiones, heteronomías, desdoblamientos <i>Evando Nascimento</i>	47
El giro literario (entre Argueta y Castellanos Moya) <i>Oscar Ariel Cabezas</i>	89
Sergio Chejfec, iluminaciones profanas <i>Sandra Contreras</i>	121
Soberanía o traducción: las decisiones de Sancho <i>Jacques Lezra</i>	133
Sobre los autores	161

PRÓLOGO

Cuál es el lugar de la literatura en el presente es la pregunta (aunque parezca sin respuesta) con la que comienza y se formulan las principales ideas de este libro. Los trabajos críticos se realizaron en torno al Seminario internacional “El lugar de la literatura en el siglo XXI”, llevado a cabo en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en noviembre del 2015. El encuentro surge desde un grupo de estudiantes de literatura que quisieron abrir viejas y nuevas preguntas para reactualizar debates que urgen a nuestros tiempos a través del intercambio crítico entre alumnos, académicos y escritores. El programa de encuentros en torno a la literatura desarrollado por este equipo abrió un espacio deliberativo, a partir del año 2013 con el seminario Cartografía de los estudios literarios “Una travesía por la geografía literaria latinoamericana”, el cual tuvo como objetivo, principalmente, reubicar las corrientes de pensamiento, las imaginaciones y los marcos interpretativos con los cuales han sido leídas y pensadas las literaturas latinoamericanas, a su vez, poniendo en cuestión los límites, entre imaginarios y materializados que determinan el orden de un espacio-tiempo continental. En este primer seminario pudimos debatir sobre las literaturas centroamericanas, chilenas, mexicanas y brasileñas, así como sobre las continuidades y rupturas en los estudios literarios sobre América Latina. El segundo seminario fue realizado el año 2014 y se nombró Seminario Narrativa de los 2000 “Crisis, naufragio y deriva en la alborada del nuevo siglo: una mirada a la novela chilena reciente”. En este caso buscamos debatir sobre el concepto de narratividad, tanto en la literatura como en el cine, los documentales y las series de televisión y problematizar con ello lo que considerábamos caracterizaban o singularizaban a la narrativa ficcional reciente: los giros íntimos, las historias de/desde los hijos y la autoficción.

La urgencia desde la cual nace el tercer encuentro que aquí publicamos (aunque los anteriores también) no tiene relación únicamente con los discursos y propuestas teóricas que surgen a propósito del mismo, sino que también tiene en sí una función activa: abrir posibilidades de diálogo entre distintas academias a lo largo del continente, haciendo aparecer dentro del mapa, entre las kilométricas distancias que nos separan, las provincianas ciudades de Viña del Mar y Valparaíso. En definitiva, abrir nuevos espacios de diálogo dentro del mundo de la academia ha sido lo que nos movió a realizar este y los anteriores encuentros. La invitación ha sido, finalmente, a compartir una reflexión conjunta sobre la literatura y los desafíos que el contexto actual pone ante ella.

Entre estos desafíos destacamos la necesidad de revisar y replantear los debates teóricos con los que, principalmente, la academia ha leído las literaturas en un contexto transformado, en el cual el lugar social y político del texto literario, al parecer, ya atravesó su apogeo y se percibe hoy bajo un estado de declive. En la actualidad, desde distintas posiciones enunciativas, se señala que el discurso literario ha salido de la posición privilegiada que tuvo en el pasado, tanto en las humanidades como en la sociedad en general. Solo para dar tres ejemplos citaremos al escritor chileno Gonzalo Contreras, que ha señalado en la prensa –hablando sobre los cambios que ha tenido el oficio de escritor en los últimos años– la siguiente afirmación: “Creo que la novela como tal desaparecerá” (9). Agregamos a ello lo que el crítico John Beverley, en su libro *Políticas de la teoría. Ensayos sobre subalternidad y hegemonía*, señaló escuetamente que “la literatura ha perdido su lugar central en las humanidades y se ha hecho subalterna” (166). Por último, Alejandro Zambra afirmó que “la literatura no pareciera tener un lugar, ni siquiera en el espacio bastardo del entretenimiento”, sentencia que retrata, junto a las otras reflexiones, la visión apocalíptica que existe respecto al pequeño lugar, dentro del entramado social, reservado a la literatura en la actualidad (215). Por cierto, la posición marginal que ocupa no ha ido en desmedro de lo narrativo como función dentro de la sociedad. Estas narrativas han tomado nuevos soportes y medios posibilitados por la transformación en las comunicaciones. Un ejemplo de lo anterior son las series de televisión, que han reinventando el formato de entrega semanal del pastiche que caracterizó a la novela decimonónica. Así se pueden formular distintas homologaciones en cuanto a medios y formatos que, de cierto modo, han ocupado el antiguo lugar de la literatura. Sin embargo,

esta problemática sigue quedando como una pregunta abierta en la presente edición.

Si bien desconfiamos de los discursos apocalípticos que tantas veces han anunciado el fin de la literatura, lo cierto es que ya no cuenta con el prestigio y la importancia social con que contó en buena parte de los siglos XIX y XX. De ocupar una posición central o incluso hegemónica en lo que aún llamamos humanidades, hoy su posición es claramente secundaria, en un contexto en que las humanidades mismas han pasado a ser un campo de estudios desvalorizado en los sistemas universitarios regidos por el cálculo y la estandarización. Los viejos debates literarios y críticos que galvanizaron y se tomaron buena parte del espacio público latinoamericano hoy resultan por lo general irrelevantes. Lo mismo sucede con las figuras del escritor y del crítico, que de haber constituido voces centrales en diversos escenarios nacionales y continentales, han pasado a ser un eco generalmente ausente en los debates artísticos y políticos que atiborran las escenas locales. Ahora bien, este nuevo lugar de la literatura, subalterno y minoritario no lo entendemos desde su negatividad, sino más bien desde las posibilidades críticas y creativas que esta posición marginal abre. Asimismo, ello nos interpela a repensar las herramientas teóricas con las que hemos ido leyendo la literatura en los últimos tiempos, ya que la mayoría de las teorías literarias que se enseñan en los campos universitarios, se estructuran desde un supuesto que hoy está en duda: el estrecho vínculo entre literatura (y su abanico de representaciones) y poder o incluso entre literatura e historia. Pero también ese lugar minoritario y subalterno de algunas literaturas contemporáneas interpela los modos en que se ha considerado modernamente la literatura.

Los ensayos que este libro reúne cuentan con temas que atravesaron las discusiones, y entre ellos cabe destacar la relación entre literatura y mercado. Por un lado, se abre la discusión sobre el rol de la academia y las universidades en la perpetuación del legado de la literatura, y cómo ésta última ha sido tomada por las dinámicas y relaciones del neoliberalismo. Por otro, se discute en torno a los grandes grupos editoriales en contraposición a las editoriales emergentes. Desde esta problemática se toman los planteamientos de Ludmer en “Literaturas postautónomas”, texto que resultó central en las discusiones. Postautonomía será un concepto que abrirá una discusión crítica sobre los límites de lo literario en la actualidad, sobre las viejas y nuevas fronteras entre la ficción y lo real. Estas reflexiones posibi-

litan la discusión, dentro de la teoría, sobre otras materialidades y medios para ser “leídos” e interpretados como espacios abiertos a la representación, a la vez que presentan nuevas tensiones dentro de los estudios especializados. Finalmente, cabe mencionar otra de las discusiones presentes, ahora sobre la relación tensa y versátil entre literatura y política, en cierto modo cuestionándola, en otros, corroborándola, pero en definitiva haciendo visible las tensiones allí anidadas considerando los distintos elementos que la enriquecen.

Las perspectivas abordadas en cada uno de los ensayos son también disímiles y variadas, donde encontramos en un comienzo un ensayo de corte narrativo, pasando luego por ensayos de teoría, en los cuales se ha tomado como eje las nuevas formas de leer el texto y la imagen dentro de un contexto planetario cambiante donde el lector adquiere un lugar heterogéneo al conocido. Por otra parte, se encuentran trabajos críticos de obras literarias que ponen en tensión los elementos considerados propios de la literatura. El ensayo que abre el libro pertenece a Cynthia Rinsky, y está planteado a partir de un relato reflexivo que, a partir la experiencia de la narradora, abre interrogantes sobre los desafíos de la literatura en un contexto específico y se cuestiona quiénes serán los nuevos lectores y cómo están entrando a la literatura, si es que se puede decir que entran.

Los siguientes dos ensayos pertenecen a Raúl Rodríguez Freire y Evando Nascimento y abordan el tema desde las mutaciones dentro de la teoría y en las instituciones de lo literario. En particular, Rodríguez Freire propone una revisión de ciertas cuestiones que han quedado inamovibles, a pesar del paso del tiempo, dentro de los estudios de la literatura y la teoría, al proponer dentro de la dicotomía tiempo-espacio, la reconsideración de las nociones de espacio y cómo ello hace volver también a la imagen visual. La reflexión considera el seguimiento de lo que fue el giro lingüístico en las humanidades y las transformaciones que en la actualidad este giro ha sufrido en vista de las nuevas teorías que han disuelto los límites en las posibilidades de lectura, tanto de la palabra como de la imagen. Por su parte, Nascimento, tocando temas similares, propone una reconsideración del lector dentro de las formas de entender lo literario, operacionalizando una crítica al concepto de postautonomía, para plantear la inexistencia de una definición cerrada y acabada de literatura y generar desde ahí el concepto de *literatura pensante*.

La última parte de esta publicación consta de tres ensayos que podríamos

llamar de crítica literaria; el primero de ellos es el de Oscar Ariel Cabezas, que se refiere a los procesos políticos y literarios en Centroamérica en un contexto signado por el interés del mundo académico en los textos testimoniales canonizados por los estudios latinoamericanos, señalando las capacidades de la ficción centroamericana de (re)imaginar los vínculos entre política y literatura en un momento donde la política y sus discursos se encuentran en crisis; el segundo de ellos pertenece a Sandra Contreras, que realiza un análisis de algunas obras argentinas que permiten reflexionar sobre la literatura en la actualidad. Finalmente, Jaques Lezra realiza una lectura del *Quijote*, centrándose en la figura de Sancho y sus implicancias políticas dentro de las transformaciones de la sociedad moderna; Lezra realiza un vínculo con las implicancias de lo literario a través de la historia y en particular con la obra que se ha catalogado como la novela que abre las cuestiones de la modernidad y que, en definitiva, ha marcado lo que entendemos por literatura hasta ahora.

Vacilaciones

Cynthia Rimsky

La invitación a venir a este Seminario me llega después de que me esguincé el tobillo. El sábado en la planta baja de la fiesta no cabe un alfiler y subimos al techo que, en algunas casas de Buenos Aires, es una terraza donde ponen la parrilla que aquí se oxidó. Llevo semanas o meses trabajando en el final de una novela y, al oír hablar a mis amigas, se me ocurre suprimir el juego entre lo imaginario y lo real y entregarla totalmente a la imaginación. Entre tanto deciden marcharse y nos largamos a caminar por Cabildo, enfrascada en mi idea de liberar a la novela de sus muletas, no me doy cuenta de que la vereda está en construcción y caigo.

La reclusión forzosa me permite avanzar en lo que al final del día creo ver como el final de la novela. Lástima que al comienzo del día ya no lo vea así. Hallándome inestable, incierta, insegura, llega a mi bandeja de entrada una invitación del Comité organizador del seminario *El lugar de la literatura en el siglo XXI* para exponer sobre el lugar inestable, reducido, desprestigiado, subordinado, sin importancia social, secundario, irrelevante, ausente, minoritario, de la literatura contemporánea. Mi primera sensación es que entre la mesa en la que el Comité apoyó la literatura del siglo XXI y la mesa en la que apoyo el tobillo envuelto en hojas de repollo, inmovilizado por una venda y en un ángulo de casi 90 grados, hay una pata que cojea. Cojeando le voy a abrir la puerta a mi sobrino. Dos veces a la semana leemos *El banquete de Platón* para su primer parcial del CBC de la UBA. De su vida escolar en Chile carga con un descreimiento radical en los profesores, las materias, las autoridades del colegio, la policía, los adultos, y más de un ataque de pánico.

No podría explicar cómo, mientras en el balcón se arrullan las palomas, la lectura del Banquete cristaliza en él. Pero le cree a Sócrates y, al

despedirse, me cuenta orgulloso, por si no estoy enterada, que Sócrates ni siquiera es real, que lo inventó Platón.

Vacilación

El Comité organizador del Seminario logra lo que el esguince no: que consulte con un especialista. Eduardo opina que no tengo que amilanarme, aunque entiende el momento de pánico, y me manda un PDF de las *Seis propuestas para el próximo milenio*. “Es un libro que quiero muchísimo, Calvino fue muy importante para mí aunque he ido tomando distancia de algunas de sus cosas. Ahora voy saliendo a hacer clases, más tarde te escribo de nuevo con calma”.

Su correo me hace pensar en nuestros últimos encuentros en la barra de la pizzería junto al parque; en la relación entre el adelgazamiento de la masa, el recorte del queso, y su distancia con la literatura. Quizás por eso, aunque lo imprimo inmediatamente, no lo leo. Pero lo llevo a la mesa de un café y lo pongo bajo un rayo de sol primaveral. El libro de Calvino es una reproducción del manuscrito que su esposa Ester dice haber encontrado a su muerte en su mesa de trabajo. Las *Seis propuestas* fueron originalmente una invitación de la universidad de Harvard a dar seis conferencias totalmente libres. “Esa libertad fue el primer problema que tuvo que afrontar, convencido como estaba de que la constricción es fundamental para la creación literaria”, cuenta Ester en el prólogo. Y me pregunto si la palabra le pertenece a Calvino o Ester, al pasar ante la puerta que él mantiene cerrada, imagina un cuerpo constreñido. Unas líneas adelante, quizás con resentimiento, la esposa cuenta que las conferencias no tardan en convertirse en una obsesión –Imagino la puerta cerrada día y noche–. “Hasta que un día Calvino se enfrenta a que tiene material para ocho conferencias y no seis”.

En *Levedad*, Calvino recuerda que en un comienzo quiso hacerse cargo de su tiempo, pero esta ilusión chocó con su proyecto estilístico. Hasta que, releyendo el mito de Perseo, descubrió que Perseo logró cortar la cabeza de la Medusa porque no miró su rostro sino su reflejo en el bronce de su escudo. Aunque Perseo no existe, le creo a Calvino, vuelvo a casa, pongo la pierna en alto, y comienzo a inclinar la mirada. Es un efecto sorprendente y perdura hasta que recuerdo que debo escribir sobre el lugar de la literatura en el siglo XXI y me vuelvo a preguntar cuáles son esas *algunas cosas*

que llevaron a Eduardo a perder el cariño por este libro. Quizás, especulo, su distancia no es con el proyecto estilístico, sino con el carácter titánico de salvar a la literatura para la Academia. Se me ocurre una escena romana en la que Calvino asume la tarea de matar a Harvard y, para lograrlo, mira el reflejo de la libertad total en el escudo de la constricción; contada por Ester, la reina que salvará de desaparecer en el siglo XXI a las 12 tribus: levedad, rapidez, exactitud, visibilidad, multiplicidad, el arte de empezar y el arte de acabar. Para mayor certeza escribo la palabra en el buscador y me encuentro con que la constricción es también un método de estrangulamiento utilizado por algunas serpientes que carecen de veneno. La presa muere por un aumento de la presión en su cuerpo que el corazón no puede contrarrestar. Busco cómo murió Calvino: por una hemorragia cerebral a los 62 años. En cambio Blanchot, quien, a la pregunta de hacia dónde va la literatura, responde en una línea: “Hacia su esencia que es la desaparición”, vivió hasta los 95. Me entero por feisbuk que Eduardo cumple 40 y decido preguntarle cuáles son esas algunas cosas que lo distanciaron. En su carta me cuenta con entusiasmo que comenzó a hacer música con un grupo de aficionados.

Vacilación

Al releer la convocatoria al Seminario me detengo en el Comité. Durante la dictadura, conocí el Comité de ayuda a los relegados, el del activo consciente de la escuela de Periodismo (que integré), el Comité de cesantes, el de allegados... Cuando busco imágenes de Comités en la web me aparecen únicamente equipos de trabajo, sillas, mesas. Me pregunto cómo es la mesa en la que se junta el Comité del Seminario de literatura; ¿participan solo hombres?, ¿cómo resuelven las diferencias?, ¿alguno se atreve a expresar que no tiene sentido un seminario sobre el sinsentido del siglo XXI?, ¿conversan sobre las dudas que les genera la carrera de Letras?, ¿se preguntan para qué estudiar cinco años: para tomar el SIMCE a alumnos y alumnas que se orinan de miedo?, ¿transpirar para obtener una beca de doctorado y luego de pos doctorado y pos pos doctorado? ¿O se imaginan en un espacio crítico a la Academia? Lamentablemente la convocatoria no deja traslucir las vacilaciones del Comité. Entonces veo el nombre al final del correo electrónico y lo escribo en el buscador de imágenes. Aparecen Evo Morales, Sergio Livingstone de joven como arquero, el autorretrato

de un pintor, un señor con una nariz de payaso, una monja de mirada inquietante, una indígena africana semi desnuda, Chávez. La mención de Evo y Chávez me recuerda una fotografía que guardo de 1982: es una reunión en blanco y negro del Comité consciente de la escuela de Periodismo en el jardín de una cabaña en la población La Victoria, alquilada por unos estudiantes de Concepción, algunos de los cuales formaron el movimiento Lautaro. La maleza está tan crecida que sentados les llega a los hombros. Yo no aparezco, supongo que tomé la fotografía. En el pasto, sobre una piedra, un tronco, un cajón de manzanas, con el pelo largo y prendas anchas de lana tejidas a mano, los jóvenes siguen con atención lo que el orador parece dibujar con una rama en la tierra. Digo parece porque recién aprendía a tomar fotos y le corté la mano. Lo que queda es el reflejo de las palabras en los cuerpos jóvenes dispuestos a la acción. La escena me retrotrae al taller de los artesanos medievales que menciona Benjamin en *El narrador*; la reunión en la que los maestros sedentarios daban consejo a los aprendices errantes. “Consejo que era menos la respuesta a una pregunta como una propuesta concerniente a la continuación de una historia que se estaba desarrollando en esos momentos”. Como cada vez que releo *El narrador*, me tienta citar fragmentos enteros, pero como a la mano, la rama, el trazo, lo dejo afuera. Voy a la escena que traza Jean-Luc Nancy en *La comunidad inoperante* y que tanto me conmovió en otro seminario, también de estudiantes y también sobre el fin de la literatura. La imagen de aquellas personas reunidas escuchando un relato que es al mismo tiempo comienzo del mundo, de su asamblea y del relato, y en la que por primera vez la lengua deja de ser de intercambios para ser lengua de la reunión, me sigue conmoviendo, pero no puedo dejar de imaginar que el aprendiz, cansado de escuchar los cuentos del zapatero, se lanza al camino, pero se le acaba el dinero y debe entrar a un taller donde escucha una variación de la historia. Y los jóvenes dispuestos en La Victoria a convertir la palabra en acción, olvidaron lo que tenían que hacer y la amnesia se prolonga hasta hoy. Y al Comité organizador del Seminario se le acaba la cerveza y de camino a la Botillería, el que ha llevado la relación con los académicos, confiesa que dentro de unas horas huirá con una mujer casada a Brasil; lo ven tan feliz que no les queda otra que felicitarlo y el estudiante, agradecido -no esperaba menos de sus amigos-, les enseña el rostro de su amada. El Comité anodado descubre que es la imagen viva de la Medusa. A la mañana siguiente se dan cuenta que el proyecto está a nombre del compañero

que va en vuelo a Brasil. La burocracia universitaria les retiene el segundo cheque; ya enviaron los pasajes pero no tienen para costear el hotel, los traslados, las cenas, el tour al museo de Pablo Neruda en Isla Negra. Peor, si el seminario no se hace, deberán pagar los pasajes de sus bolsillos. Los académicos llegan al aeropuerto y los estudiantes los llevan en buses a sus propias casas; muchos de ellos viven con sus padres y hermanos chicos; en el camino se encuentran con que todo el país se levantó contra la colusión del papel higiénico, pero que producto del pacto de no comprar un solo rollo, el papel escasea y los invitados al Seminario tienen que cortar cabezas, entre ellas la de la amante casada que se bajó del avión a último minuto, para defender las páginas que escribieron tras observar durante semanas la bandeja de bronce cuya pátina Ester limpió con un paño celeste, bicarbonato y limón. El antiinflamatorio que tomé para el dolor me está haciendo desvariar. Vuelvo a mirar la pantalla y me percató de que omití el acento en el nombre del integrante del Comité. La comunidad, la sabiduría, la acción, la pasión, el delirio, se vienen abajo por un error involuntario que creó una escena sinsentido.

Vacilación

Andrea Goic es una artista que se ubica en un pliegue entre las artes visuales, el video y la literatura. Lo último que hizo son los libros visuales *Video Tremens* y *Maruri Tour*. La Cordillera no ha impedido que continuemos el intercambio creativo que funciona como un pliegue entre la operación de hacer como que se escribe y la de hacer como que se crea arte. Así, cuando le pregunto si se le ocurre una propuesta para continuar con la historia que estoy desarrollando, me envía generosa el poema visual 02 de una serie en construcción. Goic trabaja operaciones de montaje con el ojo clínico de esos médicos que les bastaba con mirar, escuchar y golpear con un martillito, para construir un diagnóstico que incluye bajo un mismo término, el cuerpo, el alma y la vida social. En el poema 02 juntó dos fotografías sobre un fondo negro. Balzac y Alejandro Zambra. Bajo la imagen del primero escribió: Francia siglo XIX, y bajo la del segundo: Chile siglo XXI. Goic apela al juego de salón que tantas veces disfrutamos en la última página del diario; buscar las siete diferencias entre dos imágenes, solo que ella incorpora, además, las semejanzas. Sabemos que Balzac escribió alrededor de 50 novelas y que Zambra es conocido internacionalmente

por sus novelas en miniatura. Balzac posa delante de lo que parece ser una puerta borroneada por las inclemencias que sorteó el negativo de Niepce tomado en 1850. Zambra detrás de una biblioteca sobrepoblada de libros desalineados. Balzac lleva el pelo negro despeinado. Zambra, el pelo negro pegado al rostro. Balzac viste una camisa blanca arrugada con los botones desabrochados y el pecho al aire, como si viniera llegando de una juerga. Zambra con chaleco, camisa de color con solo dos botones abiertos y debajo, una camiseta con la que protege su pecho del frío. Si estuvieran como Perseo, frente a la Medusa, Balzac protegería su corazón con una mano y la miraría directo al rostro. Zambra, visiblemente agotado, levantaría la cabeza y los ojos al cielo; la Medusa no ha comparecido. Curiosamente el *punctum* del poema nos lo entrega alguien que no lo ha visto: César Aira:

Mientras Balzac escribió cincuenta novelas, y le sobró tiempo para vivir, Flaubert escribió cinco, desangrándose, Joyce escribió dos, Proust una sola. Y fue un trabajo que invadió la vida, la absorbió, como un hiper profesionalismo inhumano. Es que ser profesional de la literatura fue un estado momentáneo y precario, que sólo pudo funcionar en determinado momento histórico; yo diría que sólo pudo funcionar como promesa, en el proceso de constituirse; cuando cristalizó, ya fue hora de buscar otra cosa (La nueva escritura).

Vacilación

En Buenos Aires son frecuentes las veredas trizadas, a desnivel, agujereadas o que terminan sin aviso. En su documental *Tische* (silencio), Viktor Kossakovsky filma desde la ventana de su departamento la aparición de una grieta en la calle. Con el paso de los automóviles se convierte en un agujero, con la lluvia en un pozo, con el sol se quiebra el pavimento. Durante el año en el que la cámara está encendida, llegan vecinos curiosos, ingenieros, contratistas, obreros, funcionarios de gobierno, y siempre se vuelve a abrir. Martín Kohan cree que la cosa viene por el lado de la desfiguración. Aira por el procedimiento y el salto hacia lo real. Calvino por los estados de la materia. Raúl Ruiz por la ruptura de la lógica del tiempo y del espacio. Juan José Saer haciendo cantar el material. Al leer sus propuestas para continuar con la historia que se está desarrollando, pienso que son un invento como Sócrates, pero cristalizan en mí un estado de apertura que

hace estallar la literalidad. Solo así se entiende que un hecho intrascendental como subir en un ascensor me provea la clave para terminar la novela. Sucede así. Una pareja de ancianos aborda el ascensor del edificio antes que yo. Deben ser visitantes. Ya han pulsado el piso 4 y yo agrego el 6. Vamos pasando el tercero cuando el anciano pregunta:

– ¿Tiene memoria?

Tras un segundo, la mujer responde:

– Claro.

El ascensor continúa hasta el sexto, abro la puerta del departamento y enciendo el computador. Aunque no soy una joven escritora, también sentí como Calvino la necesidad de hacerme cargo de mi tiempo, la dictadura, con el agravante de que carezco de memoria de lo que viví o sentí. Para suplir esta falta decidí trabajar con la memoria de la web. Nombres, lugares, fechas, situaciones, canciones, autores, ideas... la escritura se fue deslizando desde el mundo de las convicciones y los ideales al neoliberalismo del siglo XXI. Hoy, en el espacio en blanco donde busqué infructuosamente lo cercano, escribo: cómo funciona el buscador. Y me encuentro con que desde que comencé la novela, el sistema ha evolucionado tanto que si comenzara mi búsqueda del pasado hoy, aparecería otro pasado. No solo eso. Cada vez que escribí en el espacio en blanco, por ejemplo, ideales de los 80, la búsqueda que desencadené, afectó a millones de búsquedas paralelas y las modificó.

Hace cuatro siglos Spinoza pensó la esencia como potencia, como lo que puede ser. Cuando sus palabras dejan de hacer efecto, observo la estatua del hombre que va al trabajo con un agujero en el cuerpo. Si no resulta, leo como en la infancia, queriendo que la historia de Sócrates continúe desarrollándose aunque sea un invento de Platón. En cambio, los días que me ronda la pregunta por el sentido, me siento tan distante, descreída, minoritaria, que no puedo leer o escribir; en el ocio imagino que pongo en el buscador: la literatura ha muerto. Y al cabo de un minuto que parece un siglo, aparece en todas las búsquedas. Se producen suicidios, saqueos, en librerías, bibliotecas, imprentas, editoriales, hasta en los supermercados; los que acostumbran a no prestar libros de su biblioteca o que los sellan con *ex libris* contratan obreros para cavar una bóveda y son delatados; escritores, académicos, críticos, estudiantes, presionan las teclas de sus computadores y no aparecen letras; cogen el lápiz y tampoco. Mientras tanto un joven po-

bre que ve pasar diariamente a la literatura desde el suburbio en el que vive hacia el centro en el que mendiga, deja el zapato que ha estado zurciendo y se lanza a la calle... Me pregunto si no tendría que escribir 6 u 8 propuestas para continuar esta historia. Quizás no deseo morir. O no de una hemorragia cerebral. Hace días que mi sobrino no se conecta. Le pusieron un 2 en el parcial sobre *El banquete*. Hoy me encuentro con un mensaje que me mandó al volver a las 4 de la madrugada de un carrete; quiere saber cuándo empezamos a leer *La genealogía de la moral*.

Buenos Aires, 4 de noviembre de 2015

El giro visual de la teoría. Algunas digresiones¹

raúl rodríguez freire
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

La transformación de la superestructura, cuyo avance es más lento que el de la infraestructura que subyace, necesitó más de medio siglo para hacer valer en todos los ámbitos culturales el cambio en las condiciones productivas.

Walter Benjamin, "La obra de arte".

Rigurosamente hablando, hoy no hay ya casi teoría... Desde que todo gremio político-económico civilizado ha comprendido como evidente que lo que importa es transformar el mundo, considerando mera y frívola travesura el interpretarlo, resulta difícil defender las tesis contra Feuerbach.

Theodor L. Adorno, *Crítica cultural y sociedad*.

1. El lugar de la literatura en el siglo XXI es el mismo que en el siglo I: marginal. No asombra, por tanto, la fuerza con que diversos textos que hoy reconoceríamos dentro de ese género literario que responde al nombre de teoría y que encuentra en Horacio y Seudo-Longino a dos de sus principales puntales, no asombra, digo, que hace veinte siglos se reflexionara sobre la marginalidad de la literatura tal como se lo hace hoy, pero pensando que se trata de un problema de "nuestra" época.

¹ El presente texto no es más que un ensayo, pues mi intención no es otra que aquella que alguna vez el mismo Alfonso Reyes defendió: "desatar o provocar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se me ofrecen, y mucho menos aportar soluciones". Es el primer esbozo de unos pensamientos que aguardan su desarrollo.

Me sorprende [le dijo un filósofo a Pseudo-Longino], al igual que a muchos otros, cómo en nuestra época, donde hay naturalezas que poseen en grado sumo el arte de persuadir y que son aptos para los asuntos públicos, penetrantes y vivos, y sobre todo inclinados a los placeres de la literatura, no surjan, sin embargo, naturalezas sublimes y extraordinariamente grandes, salvo en raros casos. Tan grande es la pobreza literaria universal que acosa nuestra generación (*De lo sublime*, XLIV.1).

Para este anónimo pensador, tal pobreza estribaba en la falta de libertad que una imberbe república decía ostentar, imberbe libertad entonces que, a su juicio, no daba lugar a escritores sublimes sino a “grandiosos aduladores”. Pero para quien escribirá (o eso queremos creer) el bello tratado que conocemos como *De lo sublime*, el problema es otro:

Es muy fácil, querido mío, y propio del hombre, criticar siempre el presente, pero piensa que tal vez no sea esa paz universal la que corrompe a las grandes naturalezas, sino más bien esta guerra interminable que tiene dominados nuestros deseos [...]. Pues el afán de riquezas, cuya búsqueda insaciable nos tiene enfermos hoy a todos, y el amor al placer nos hacen esclavos, más aun, arrastran al abismo, se podría decir, nuestras vidas y todo lo que estas conllevan. El amor al dinero es una enfermedad que envilece (*De lo sublime*, XLIV.6).

Acentuar la marginalidad de la literatura como un problema propio de “nuestra contemporaneidad” es un prejuicio que debemos desechar, como también aquel que se refiere la disolución del límite entre “alta” y “baja” cultura, como si tal límite fuera una verdad infranqueable y no una mera ficción. Cercano a los años materialistas descritos por Longino, *El satiricón*, texto adjudicado a un tal Petronio, ya nos hablaba de ese imposible límite. Encolpio, su narrador, es invitado a cenar a la casa de un nuevo rico, Trimalción (un Farkas romano), que se había hecho retratar, “con cabellos largos que, caduceo en mano, entraba en Roma guiado por Minerva” (77). Su palacio estaba repleto de pinturas, entre las que se encontraba un gran mural con imágenes figuradas a partir de los textos homéricos y de los gladiadores en boga por *aquellos* años, que sería como ver hoy día juntos a Stephen Dedalus y a Rambo. Y hablando de boga, tampoco hay que considerar exclusivo de *nuestros* años el vínculo entre teoría y moda, como tiende por ejemplo a resaltar alguien como Roberto Schwarz (y sus acólitos, dentro y fuera de Brasil) en su crítica a la lectura que en el Brasil de los años 70 se hacía de Jacques Derrida.

Max Hokheimer ya había señalado que las ciencias del espíritu tienen “un fluctuante valor de mercado” (“Teoría crítica” 226) y más de un siglo antes Hegel hacía referencia –en sus *Lecciones sobre la historia de la filosofía*– a las filosofías de moda (45).² Sé que cada tiempo tiene sus propias particularidades, y que a pesar de referirme a giros y retornos, estos nunca son posibles, más que como tropos. Pero es necesario evitar algo así como un *narcisismo de actualidad* para entrever no tanto una comprensión del gobierno del presente, necesaria en todo caso, como vislumbrar las posibilidades de su transformación. Ninguna nostalgia lacera mi preocupación por el pasado, simplemente no quiero repetirlo, pues pretendo, aprendiendo de lo acontecido, un futuro distinto, un futuro donde la teoría se articule con la virtud y contribuya también a la transformación de nosotros mismos.

2. Los años salvajes de la *teoría*, para tomar una expresión de Manuel Asensi (2006), acontecieron entre las décadas del sesenta y el setenta, años que la vieron proliferar, transformar el ámbito del pensamiento, mostrar su poder, un poder que durante los duros ochenta se volvería el blanco de diversas embestidas (izquierdistas y derechistas), hasta llegar a declararse la muerta. La *teoría* (en tanto género) emergió alrededor del llamado “giro lingüístico”, posiblemente potenciándose mutuamente, y de ambos fue Richard Rorty quien logró darles reconocimiento, identificarlas. En la presentación a su famosa antología *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*, de 1967, da cuenta de la relevancia adquirida por el lenguaje para la resolución (o disolución) de problemas filosóficos. “Esta perspectiva”, señala, “es considerada por muchos de sus defensores el descubrimiento más importante de nuestro tiempo y, desde luego, de cualquier época”

² “[E]l nombre de filosofía nueva, moderna, novísima, se ha convertido en una especie de nombre de guerra, que se escucha a todas horas. Quienes creen decir algo al pronunciar este nombre son, casi siempre, los que más se inclinan a santiguarse y echar bendiciones ante la muchedumbre de las filosofías, tanto más cuanto más propenden, bien a ver un sol en cada estrella y hasta en cada vela, bien a considerar toda ocurrencia como una filosofía y a aducirla, por lo menos, en prueba de que existen muchísimas filosofías y de que todos los días aparece una que desplaza a las anteriores. Han inventado, al mismo tiempo, la categoría en que pueden colocar toda filosofía que parece adquirir cierta significación y con la que, al mismo tiempo, pueden deshacerse de ella; la llaman, simplemente, una filosofía a la moda”, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, vol. I, p. 45.

(*El giro* 50).³ Alrededor de una década más tarde dará cuenta Rorty de la emergencia de una “nueva” forma del pensamiento que terminará siendo llamada *teoría*: “Desde los días de Goethe, Macaulay, Carlyle y Emerson se ha desarrollado un tipo de escritura que no es ni la valoración de los méritos relativos de los producción literaria, ni la historia intelectual, ni la filosofía moral, ni la epistemología, ni la profecía social, sino todas estas cosas entremezcladas y reunidas en un nuevo *género*” (“Professionalized Philosophy” 763-765), un género que al poco tiempo acabó siendo llamado *teoría*.

Posiblemente debido a la centralidad del lenguaje para las principales firmas de la *teoría* (Lacan, Foucault, Derrida, Barthes, etc.), fue la literatura el lugar donde tuvo su mayor desarrollo; pero también porque —y este es un argumento de Jonathan Culler— “la literatura toma como asunto cualquier experiencia humana, y en particular la ordenación, interpretación y articulación de la experiencia” (*Sobre la deconstrucción* 16). Como sea, no es difícil percibir la importancia de los estudios literarios en la conformación de la *teoría*, entendida ahora como un género heterogéneo que desafiaba los límites disciplinarios al no plantearse ninguno, desfamiliarizándonos así con lo conocido y lo dado. Desde las ciencias sociales (antropología, sociología, psicología) a la geografía, pasando por el derecho, la filosofía, la historia, el arte y la economía, hasta llegar incluso a la biología y la arquitectura, no hubo disciplina que se resistiera a sus seducciones, y a los franceses ya mencionados se sumaron los nombres de Edward Said, Fredric Jameson, Gayatri Spivak, Wolfgang Iser, René Girard, Julia Kristeva, Jonathan Culler, Raymond Williams, Geoffrey Hartman, Hélène Cixous, Paul de Man, entre muchos otros, nombres que comenzaron a ser moneda corriente en la escena académica internacional (o, con mayor propiedad, metropolitana), ya se estuviera a favor o en contra de sus publicaciones, incluso a favor o en contra de la idea misma de teoría.

Pero en el mismo momento en que Rorty la hacía emerger, la univer-

³ Si bien aquí Rorty está pensando en la filosofía analítica y la del lenguaje, el mentado giro lingüístico cobrará resonancia fundamentalmente a partir de los trabajos de Michel Foucault, Derrida, Roland Barthes, entre otros, nombres que tienen marcadas diferencias con la preocupación inicial de Rorty (y entre sí), como muestra por ejemplo el debate entre Derrida y Searle. Al respecto, ver: Jesús Navarro Reyes, *Cómo hacer filosofía con palabras. A propósito del desencuentro entre Searle y Derrida* (2010).

sidad era fuertemente embestida por una ofensiva neoliberal que continúa hasta nuestros días, golpeando, de paso, a la *teoría*. La crisis económica de los setenta dio lugar a que se pensara de manera programática y simbiótica universidad y mercado, lo que dio como resultado no solo una mutación de la arquitectura académica, sino también una masificación de la matrícula, dada la urgente necesidad de una fuerza productiva acorde a la sociedad postindustrial, como muy bien lo señalara Jean-François Lyotard en su ya clásico ensayo *La condición postmoderna* (1979).⁴ En este contexto, la *teoría* fue duramente criticada por su “elitismo” y su supuesta desconexión con los problemas de la gente, problemas como la descalificación de los nuevos estudiantes, ahora devenidos en consumidores. En vista de estas cuestiones más “serias”, se comenzaron a reducir presupuestos (universitarios y humanísticos) y a reestructurar departamentos y programas, con el fin de potenciar cursos que realmente necesitaran los nuevos clientes, como los de composición y lectoescritura (tesis de Wlad Godzich), cursos que terminaron no solo desplazando a la *teoría* sino a la literatura misma.

A este ataque neoliberal, realizado bajo un disfraz seudodemocrático, contribuyeron figuras tan disímiles como Terry Eagleton, el mismo Edward Said (curiosamente uno de sus principales exponentes) o Anthony Giddens, a la vez que se la comenzó a fetichizar (la idea es de Graciela Montaldo), reduciendo, por necesidades comerciales, su inquietante y necesaria opacidad a la transparencia —cualidad que comenzará a ser exigida al pensamiento crítico en nombre de un anti-elitismo—, transparencia que la inscribirá en el sentido común a partir de la teoría “para principiantes”

⁴ Vale la pena recordar algunas de sus afirmaciones: “El antiguo principio de que la adquisición del saber es indisociable de la formación (*Bildung*) del espíritu, e incluso de la persona, cae y caerá todavía más en desuso. Esa relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor. El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción: en los dos casos, para ser cambiado. Deja de ser en sí mismo su propio fin, pierde su ‘valor de uso’ [...]. La pregunta, explícita o no, planteada por el estudiante profesionalista, por el Estado o por la institución de enseñanza superior, ya no es: ¿es eso verdad?, sino ¿para qué sirve? En el contexto de la mercantilización del saber, esta última pregunta, las más de las veces, significa: ¿se puede vender?” (16, 94-95).

que Pantheon Books masificó por todo el mundo, cuando tomó la posta a *For Beginners LLC* (inicialmente conocida como Writers and Readers Cooperative, fundada en 1974). Cito en extenso a Montaldo:

En formato de libro-folleto, a precios accesibles, con ilustraciones (muchas caricaturas que demostraban el carácter “desacralizador” hacia los saberes más herméticos) y una diagramación novedosa para el ámbito de la institución teórica, estos volúmenes estaban dirigidos a un público joven que se iniciaba en lo que se veía como un pensamiento alternativo [...]. Fue la forma en que el pensamiento de varios autores de cierta radicalidad [que llegó más tarde al rey del rock, Elvis Presley] ingresó a un circuito de público ampliado y lo hizo a través del mercado, manteniendo su cuestionamiento de las instituciones formales. Las colecciones se declararon “para principiantes” pero bien pudieron llamarse “para multitudes” (“Teoría en fuga” 267).

Que la *teoría*, en tanto género heterogéneo que hace del pensamiento una resistencia, no ha muerto se evidencia en su reemergencia (si bien cada vez más inserta en el mercado) a lo largo de los años noventa, pero no de la mano del lenguaje, sino, como era de esperar, de la imagen, razón por la cual, aventuro, nombres como los de Walter Benjamin, Aby Warburg y Erwin Panofsky han logrado una (póstuma) resonancia que en vida nunca imaginaron, y acompañan en el renacido panteón teórico a las firmas (nuevamente metropolitanas) de Hal Foster, Boris Groys, Nicolas Bourriaud, W.J.T. Mitchell, Jacques Rancière, Hans Belting, Arthur Danto, Mieke Bal (que también provenía de la literatura), etc., etc., etc. Por supuesto que este escenario no es homogéneo (ni está libre de tensiones), ni la teoría se reduce a las reflexiones sobre la imagen (ni antes a las de la letra). Por el contrario, la amplia circulación de nombres como Alain Badiou, Slavoj Žižek, Judith Butler, Ernesto Laclau, Giorgio Agamben, Quentin Meillassoux, Achille Mbembe, James Clifford o Donna Haraway, por nombrar solo algunos, da cuenta de una descentralización disciplinar y temática; no obstante, es innegable que la escena teórica (global) ha cambiado respecto a la configuración de sus fuerzas y la literatura y sus críticos tienen en ella un menor peso que hace veinte o treinta años. Lo que no ha cambiado, eso sí, es la división internacional del trabajo intelectual, pues la teoría en tanto género continúa siendo fundamentalmente metropolitana y afincada en una lengua: el inglés.⁵ Por otra parte, para quienes se desenvuelven en

⁵ Para una visión crítica de la teoría, ver: Daphne Patai y Will Corral, eds., *Theory's*

disciplinas no estrictamente literarias (¿será posible eso?) la idea misma de teoría no resulta muy cómoda, pues tiende a fagocitar en su modo mercantil la singularidad de otras formas del pensar.

3. Pero para alguien que se desenvuelve en el ámbito de la literatura –y en particular en el de la teoría literaria–, es difícil no percibir un desplazamiento tanto en los “objetos” de estudio, como en las bibliografías que empleamos para intentar leer aquello que aún responde a las etiquetas de “obra”, “libro” o “novela”, sobre todo cuando tal desplazamiento lo encontramos en la escritura misma de “obras”, “libros” o “novelas”. Hacia el final de *El mundo es un pañuelo* (1984), un *texto* en el que David Lodge pone como “argumento” o “tema” a la teoría literaria y sus modas, precisamente al cierre de un gran congreso de la *MLA* acaecido en 1978, dos narradores se reparten el mercado global: “Si yo puedo quedarme con la Europa oriental [...] tú puedes quedarte con el resto del mundo” (411). Veintiséis años más tarde, y no hacia el final, sino abriendo un “libro” que también inscribe en su título términos espaciales, *El mapa y el territorio* (2010), Michel Houellebecq figura al artista Jed Martins intentando terminar un cuadro que ha titulado *Damien Hirst y Jeff Koons repartiéndose el mercado del arte* (27).

Este desplazamiento o “giro” fue percibido cuando, intentando dar cuenta de una cierta narrativa latinoamericana, me vi leyendo y citando más a críticos de arte, arquitectura y geografía que a críticos literarios,⁶ pero también cuando reparamos en los últimos trabajos de los principales latinoamericanistas o estudiosos de la literatura, o en lo que investigan las nuevas generaciones de doctores en literatura, que han hecho de la imagen el lugar a partir del cual reflexionar nuestro aciago presente. Incluso me atrevería a señalar que en Chile, aunque no solo en Chile, si bien con excepciones, lo más interesante es escrito por quienes se dedican a las artes visuales, ya sea a partir del cine, el performance o la fotografía, y no precisamente desde la crítica especializada, sino también desde la historia,

Empire. An Anthology of Dissent (New York: Columbia University Press, 2005). Para una mirada más auspiciosa: Jane Elliott y Derek Attridge, eds., *Theory After “Theory”* (New York: Routledge, 2011).

⁶ Al respecto, ver Rodríguez Freire, *Sin retorno. Variaciones sobre archivo y narrativa latinoamericana* (2015).

la filosofía, la antropología, la sociología y, por supuesto, la literatura. Y si la escritura es trabajada, se lo hace —no siempre con los mejores resultados, pues aquí también se percibe un fútil voluntarismo— leyéndola con conceptos como archivo, campo expandido, postautonomía, intermedialidad o estética relacional, conceptos que a su vez se han de acompañar con metáforas espaciales como cartografía, mapa, topografía, frontera y heterotopía, y ello a partir de estudios interoceánicos o transatlánticos. Imagen y espacio, entonces, han estado transformando la escena teórica de los últimos años, aunque ello no es óbice para que se sigan escribiendo monografías y ensayos a la vieja usanza: históricos, canónicos, literarios,⁷ tipo Harold Bloom o Martha Nussbaum, que sostienen que la literatura (por la que entienden el canon occidental, eurocéntrico), más que la filosofía, da cuenta de la vida. En lo que sigue entonces intentaré desarrollar esta hipótesis y, de estar en lo cierto, entrever sus implicancias para el estudio de la literatura y el lugar de la teoría.

4. Giro, entonces. Sé que la palabra no está libre de sospechas, ni siquiera cuando se la emplea pluralmente, pues además un giro nunca viene solo. Hoy, o desde hace unos años, quizá décadas, hemos asistido a giros visuales (en el arte), culturales (antropología y literatura), de movilidad (sociología), urbanos (arquitectura) y espaciales (en geografía), para no mencionar ese giro de los giros que fue el giro lingüístico, el cual luego volveremos a referir. Por ahora, resta señalar que si ha habido un giro, una mutación en la configuración de nuestras experiencias, ello se debe posiblemente a una cierta alteración acaecida en la relación que mantenían modernamente las representaciones apriorísticas que llamamos tiempo y espacio. Y si el espacio “retorna” es porque en algún momento fue subsumido, obliterado en su heterogeneidad por un tiempo te(le)ológico y

⁷ Es más, no son pocos los libros que hoy se publican completamente formateados a partir de esa vieja idea de marco teórico (masificada en los años más fuertes del estructuralismo): una introducción que plantea una discusión bibliográfica o “teórica”, siempre a partir de los conceptos en boga (hoy tenemos animalidad, afectos, precariedad, autoficción, campo expandido, anacronía, etc., etc., etc.), y luego su aplicación a casos “ejemplares”, casos que en realidad podrían ser reemplazados por otros sin alternar en nada ese marco teórico disciplinante que hace de la literatura un objeto vacío, un mero ejemplo de la teoría de moda.

homogéneo. Tal es la tesis esgrimida por Johannes Fabian en *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, que hace poco más de tres décadas (1983), al describir el paso de un tiempo sagrado hacia un tiempo secular, hacía referencia a “la historia de la reducción visual de la secuencia temporal”.

A partir de un pormenorizado análisis del *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet (1681), Fabian muestra cómo aquel defensor del derecho divino detentado por los reyes intenta explicar la universalidad de la historia realizando “una ‘abreviación’ de las secuencias, de tal manera que el orden fuera percibido ‘en un enlace’” (4). El instrumento metodológico que emplea Bossuet para su tarea es el término griego que conocemos como *época*, descrito extrañamente en su dedicatoria al delfín Luis de Francia (1661-1711), el hijo del rey sol, pues para él es que ha escrito un libro que pretende robustecer su memoria, mostrándole “todos los siglos [...] en pocas horas delante de sus ojos”. Su procedimiento es señalar o marcar el tiempo con algún suceso extraordinario, es decir, con una época, “que significa detenerse, porque allí se para a fin de considerar como desde un lugar de reposo, todo lo que antes o después ha sucedido, y evitar de esta suerte los anacronismos, que son aquel linaje de errores que hacen confundir los tiempos” (5. Énfasis agregado).

Pero la propuesta de Bossuet aún permanece inscrita en el orden cristiano, que va tras la salvación del alma, por lo que será tarea del iluminismo concretar una historia secular, que va tras el saber, posible de asir gracias al topos del viaje, del viaje como ciencia. “El viajero filosófico [afirmó Joseph Marie Degérando en sus *Consideraciones sobre los métodos a seguir en la observación de los pueblos salvajes* (1800)], al navegar hasta los confines de la tierra, está en verdad viajando en el tiempo; está explorando el pasado” (cit. *Time and the Other* 7). Mediante esta fórmula, Fabian le atribuye al filántropo francés el haber expresado con claridad el *ethos* que reinscribe el viaje en el espacio bajo una “práctica temporizadora”, subsumiéndolo en el paradigma de la historia natural (7). Las diferencias con el tiempo sagrado se vuelven así transparentes, pues mientras este siempre estuvo “ya marcado por la salvación” del pagano, el tiempo secular excluirá al salvaje afirmando que *aún no* está listo para la civilización. Así, mientras el primero era inclusivo, el que sigue será exclusivo, a la vez que expansivo, como muestra ejemplarmente Conrad en *El corazón de las tinieblas*, pues el viaje de Marlow en busca de Kurtz también es el de unos “vagabundos en una

tierra prehistórica [... en] la noche de las eras primigenias” (67, 68).

Llama la atención en estas lecturas que el nombre de Joseph François Lafitau no haya sido mencionado, ya sea por Degérando o Fabián, pues creo que fue él quien por vez primera reinscribió la diferencia espacial bajo la lógica temporal. En 1724 publicó su *Mœurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps*, dando lugar a algo así como un modelo humano de lo que mucho más tarde se conocerá como Principio de Exclusión de Pauli: “dos cuerpos no caben al mismo tiempo en el mismo espacio”, razón por la cual se enviará a esos salvajes americanos a “la noche de las eras primigenias”, negándoles así la coetaneidad, removiéndolos, dice Fabián, de “nuestro” tiempo. Pero lo más relevante es que lo hizo incluso antes de entrar en su argumentación y lo hizo con una imagen. “Una imagen. Casi nada”, dice Michel de Certeau en su brillante análisis del frontispicio que Lafitau mandó a grabar (fig. 1) para su libro.



Figura 1. “La escritura y el tiempo”, frontispicio de J.-F. Lafitau, *Mœurs des sauvages américains comparées aux mœurs des premiers temps*, París, Saugrain l'Aîné et Charles Étienne Hochereau, 1724.

Por supuesto que este grabado no podía titularse de otra manera que “La escritura y el tiempo”. A los pies de esa mujer —que representa a la escritura y es la madre de ella y por tanto la que dará a luz esta comparación de Europa con los salvajes y el hombre primigenio, y que mira a un alado anciano que hace de tiempo— encontramos, dice el mismo Lafitau, las primeras vestiduras y adornos de los hombres, que dieron lugar a las fábulas de los sátiros y los dos figurados en el frontispicio representan a los antiguos monumentos. Son cuarenta y dos láminas las que para este libro se mandaron a grabar, y en conjunto forman, dice de Certeau,

un discurso icónico que atraviesa de lado a lado la masa del discurso escriturario, a la que jalonan de ‘monumentos’ cuyo valor esencial es pertenecer al orden de lo visible. Todavía hacen *ver*, o permiten *creer* que aún se pueden ver los comienzos... Un contrapunto visual sostiene y fomenta la escritura. La obra en su totalidad obedece a la estructura que plantea el frontispicio como una relación entre la ‘visión’ y el libro” (*El lugar del otro* 100-102).

Esos vestigios de la antigüedad clásica, pertenecientes a sujetos sin escritura y de diversos espacios, serán inscritos en una línea de tiempo que los expulsará del tiempo compartido, a la vez que les negará su propio y heterogéneo tiempo, poniendo así en juego, a partir de la emergencia de la historia natural, la no contemporaneidad del resto de occidente. Lafitau negará, por tanto, la humanidad que indefectiblemente le une y comparte, antes y después de 1724, con esos “salvajes” que guardan costumbres supuestamente más cercanas a los hombres de Kibish que a los hombres ilustrados, y, al hacerlo, también sustraerá de su presente, de *su* tiempo, el espacio por ellos habitados. Esta ficción es la que hoy se ha desarmado, y sus consecuencias es lo que habría que analizar detenidamente, pues aquí tan solo estamos tratando de aventurar alguna de ellas.

Y si el espacio, como ha afirmado Jameson, ha logrado evadir la pesada carga que le impuso la temporalización eurocéntrica, también ha desplazado o subsumido (no borrado) al lenguaje y a la literatura, dando lugar, de paso, “a la cultura visual, las imágenes, la *société du spectacle*, la publicidad, etc., o sea, a series de imágenes que [a su vez] transforman el espacio” (“Posmodernidad y globalización” 4).⁸ De manera que, arriesgo, el tiempo

⁸ Ello no quiere decir, como alguna vez se pensó a partir de Lessing y su *Laocoonte*, que la literatura es temporal y el arte espacial. Como veremos más adelante, se trata solo de pensar su rearticulación contemporánea. Basta recordar, una vez más,